

Así dijo el tío Lucas, alargando la cesta á su mujer.

—¡No está mal pensadol (exclamó ella, lanzando nuevas carcajadas.) ¡El demonio del madrileño! ¿Qué se habrá creído que es un Corregidor para mí?—Pero aquí llega....—Por cierto que Garduña, que lo seguía á alguna distancia, se ha sentado en la ramblilla á la sombra.... ¿Qué majadería!—Ocúltate tú bien entre los pámpanos, que nos vamos á reir más de lo que te figuras....

Y, dicho esto, la hermosa navarra rompió á cantar el fandango, que ya le era tan familiar como las canciones de su tierra.



XI.

EL BOMBARDEO DE PAMPLONA.

Dios te guarde, Frasquita....—dijo el Corregidor á media voz, apareciendo bajo el emparrado y andando de puntillas.

—¡Tanto bueno, señor Corregidor! (respondió ella en voz natural, haciéndole mil reverencias.) ¡Usía por aquí á estas horas! ¡Y con el calor que hacel ¡Vaya,

siéntese Su Señoría!... Esto está fresquito. —¿Cómo no ha aguardado Su Señoría á los demás señores?—Aquí tienen ya preparados sus asientos.... Esta tarde esperamos al señor Obispo en persona, que le ha prometido á mi Lucas venir á probar las primeras uvas de la parra.—¿Y cómo lo pasa Su Señoría? ¿Cómo está la Señora?

El Corregidor se había turbado.—La ansiada soledad en que encontraba á la señá Frasquita le parecía un sueño, ó un lazo que le tendía la enemiga suerte para hacerle caer en el abismo de un desengaño.

Limitóse, pues, á contestar:

—No es tan temprano como dices.... Serán las tres y media....

El loro dió en aquel momento un chillido.

—Son las dos y cuarto,—dijo la navarra, mirando de hito en hito al madrileño.

Éste calló, como reo convicto que renuncia á la defensa.

—¿Y Lucas? ¿Duerme?—preguntó al cabo de un rato

(Debemos advertir aquí que el Corregidor, lo mismo que todos los que no tienen dientes, hablaba con una pronunciación floja y sibilante, como si se estuviese comiendo sus propios labios.)

—¡De seguro! (contestó la señá Frasquita.)—En llegando estas horas se queda dormido donde primero le coge, aunque sea en el borde de un precipicio....

—Pues mira.... ¡déjalo dormir!.... (exclamó el viejo Corregidor, poniéndose más pálido de lo que ya era.)—Y tú, mi querida Frasquita, escúchame...., oye.... ven acá.... ¡Siéntate aquí; á mi lado!.... Tengo muchas cosas que decirte....

—Ya estoy sentada,—respondió la Molinera, agarrando una silla baja y plantándola delante del Corregidor, á cortísima distancia de la suya.

Sentado que se hubo, Frasquita echó una pierna sobre la otra, inclinó el cuerpo hacia adelante, apoyó un codo sobre la rodilla cabalgadora, y la fresca y hermosa cara en una de sus manos; y así, con la cabeza un poco ladeada, la sonrisa en los labios, los cinco hoyos en acti-

vidad, y las serenas pupilas clavadas en el Corregidor, aguardó la declaración de Su Señoría.—Hubiera podido comparársela con Pamplona esperando un bombardeo.

El pobre hombre fué á hablar, y se quedó con la boca abierta, embelesado ante aquella grandiosa hermosura, ante aquella esplendidez de gracias, ante aquella formidable mujer, de alabastrino color, de lujosas carnes, de limpia y riente boca, de azules é insondables ojos, que parecía creada por el pincel de Rubens.

—¡Frasquita!.... (murmuró al fin el legado del Rey, con acento desfallecido mientras que su marchito rostro, cubierto de sudor, destacándose sobre su joroba, expresaba una inmensa angustia.) ¡Frasquita!....

—¡Me llamo! (contestó la hija de los Pirineos.)—¿Y qué?

—Lo que tú quieras....—repuso el viejo con una ternura sin límites.

—Pues lo que yo quiero.... (dijo la Molinera), ya lo sabe Usía. Lo que yo quiero es que Usía nombre Secretario del Ayun-

tamiento de la Ciudad á un sobrino mío que tengo en Estella...., y que así podrá venirse de aquellas montañas, donde está pasando muchos apuros....

—Te he dicho, Frasquita, que eso es imposible. El Secretario actual....

—¡Es un ladrón, un borracho y un bestial!

—Ya lo sé.... Pero tiene buenas alibas entre los Regidores Perpetuos, y yo no puedo nombrar otro sin acuerdo del Cabildo. De lo contrario, me expongo....

—¡Me expongo!.... ¡Me expongo!.... ¿Á qué no nos expondríamos por Vuestra Señoría hasta los gatos de esta casa?

—¿Me querrías á ese precio?—tartamudeó el Corregidor.

—No, señor; que lo quiero á Usía de balde.

—¡Mujer, no me des tratamiento! Háblame de V. ó como se te antoje....—¿Conque vas á quererme? Di.

—¿No le digo á V. que lo quiero ya?

—Pero....

—No hay pero que valga. ¡Verá V. qué

guapo y qué hombre de bien es mi so-
brino!

—¡Tú sí que eres guapa, Frascuelal....

—¿Le gusto á V.?

—¡Que si me gustas!.... ¡No hay mujer
como tú!

—Pues mire V.... Aquí no hay nada
postizo....—contestó la señá Frasquita,
acabando de arrollar la manga de su ju-
bón, y mostrando al Corregidor el resto
de su brazo, digno de una cariátide y
más blanco que una azucena.

—¡Que si me gustas!.... (prosiguió el
Corregidor.) ¡De día, de noche, á todas
horas, en todas partes, sólo pienso en tí....

—¡Pues qué! ¿No le gusta á V. la se-
ñora Corregidora? (preguntó la señá Fras-
quita con tan mal fingida compasión, que
hubiera hecho reír á un hipocondríaco.)
—¡Qué lástima! Mi Lucas me ha dicho
que tuvo el gusto de verla y de hablarle
cuando fué á componerle á V. el reloj de
la alcoba, y que es muy guapa, muy bue-
na y de un trato muy cariñoso.

—¡No tanto! ¡No tanto!—murmuró el
Corregidor con cierta amargura.

—En cambio, otros me han dicho (pro-
siguió la Molinera) que tiene muy mal
genio, que es muy celosa, y que V. le
tiembla más que á una vara verde....

—¡No tanto, mujer!.... (repitió Don Eu-
genio de Zúñiga y Ponce de León, po-
niéndose colorado.) ¡Ni tanto ni tan poco!
La Señora tiene sus manías, es cierto....;
mas de ello á hacerme temblar, hay mu-
cha diferencia. ¡Yo soy el Corregidor!....

—Pero, en fin, ¿la quiere V., ó no la
quiere?

—Te diré....—Yo la quiero mucho....!
ó, por mejor decir, la quería antes de
conocerte. Pero desde que te vi, no sé lo
que me pasa, y ella misma conoce que
me pasa algo.... Bástete saber que hoy....,
tomarle, por ejemplo, la cara á mi mujer
me hace la misma operación que si me la
tomara á mí propio....—¡Ya ves, que no
puedo quererla más ni sentir menos!....—
¡Mientras que por coger esa mano, ese
brazo, esa cara, esa cintura, daría lo que
no tengo!

Y, hablando así, el Corregidor trató de
apoderarse del brazo desnudo que la señá

Frasquita le estaba refregando materialmente por los ojos; pero ésta, sin descomponerse, extendió la mano, tocó el pecho de Su Señoría con la pacífica violencia é incontrastable rigidez de la trompa de un elefante, y lo tiró de espaldas con silla y todo.

—¡Ave María Purísima! (exclamó entonces la navarra, riéndose á más no poder.) Por lo visto, esa silla estaba rota....

—¿Qué pasa ahí?—exclamó en esto el tío Lucas, asomando su feo rostro entre los pámpanos de la parra.

El Corregidor estaba todavía en el suelo boca arriba, y miraba con un terror indecible á aquel hombre que aparecía en los aires boca abajo.

Hubiérase dicho que Su Señoría era el Diablo, vencido, no por San Miguel, sino por otro Demonio del infierno.

—¿Qué ha de pasar? (se apresuró á responder la señá Frasquita.) ¡Que el señor Corregidor puso la silla en vago, fué á mecerse, y se ha caído!....

—¡Jesús, María y José! (exclamó á su vez el Molinero.) ¿Y se ha hecho daño Su

Señoría? ¿Quiere un poco de agua y vinagre?

—¡No me he hecho nada!—dijo el Corregidor, levantándose como pudo.

Y luego añadió por lo bajo, pero de modo que pudiera oírlo la señá Frasquita:

—¡Me la pagaréis!

—Pues, en cambio, Su Señoría me ha salvado á mí la vida (repuso el tío Lucas sin moverse de lo alto de la parra.)—Fígurate, mujer, que estaba yo aquí sentado contemplando las uvas, cuando me quedé dormido sobre una red de sarmientos y palos que dejaban claros suficientes para que pasase mi cuerpo.... Por consiguiente, si la caída de Su Señoría no me hubiese despertado tan á tiempo, esta tarde me habría yo roto la cabeza contra esas piedras.

—Conque sí.... ¿eh?... (replicó el Corregidor.) Pues, ¡vaya, hombre!, me alegro.... ¡Te digo que me alegro mucho de haberme caído!

—¡Me la pagarás!—agregó en seguida, dirigiéndose á la Molinera.

Y pronunció estas palabras con tal expresión de reconcentrada furia, que la señá Frasquita se puso triste.

Vefa claramente que el Corregidor se asustó al principio, creyendo que el Molinero lo había oído todo; pero que, persuadido ya de que no había oído nada (pues la calma y el disimulo del tío Lucas hubieran engañado al más lince), empezaba á abandonarse á toda su iracundia y á concebir planes de venganza.

—¡Vamcsi! ¡Bájate ya de ahí, y ayúdame á limpiar á Su Señoría, que se ha puesto perdido de polvo!—exclamó entonces la Molinera.

Y, mientras el tío Lucas bajaba, díjole ella al Corregidor, dándole golpes con el delantal en la chupa y alguno que otro en las orejas:

—El pobre no ha oído nada.... Estaba dormido como un tronco....

Más que estas frases, la circunstancia de haber sido dichas en voz baja, afectando complicidad y secreto, produjo un efecto maravilloso.

—¡Pícaral! ¡Proterval!—balbuceó Don

Eugenio de Zúñiga con la boca hecha un agua, pero gruñendo todavía....

—¿Me guardará Usía rencor?—replicó la navarra zalameramente.

Viendo el Corregidor que la severidad le daba buenos resultados, intentó mirar á la señá Frasquita con mucha rabia; pero se encontró con su tentadora risa y sus divinos ojos, en los cuales brillaba la caricia de una súplica, y, derritiéndosele la gacha en el acto, le dijo con un acento baboso y sibilante, en que se descubrfa más que nunca la ausencia total de dientes y muelas:

—¡De ti depende, amor mío!

En aquel momento se descolgó de la parra el tío Lucas.





XII.

DIEZMOS Y PRIMICIAS.

REPUESTO el Corregidor en su silla, la Molinera dirigió una rápida mirada á su esposo, y vióle, no sólo tan sosegado como siempre, sino reventando de ganas de reir por resultas de aquella ocurrencia: cambió con él desde lejos un beso tirado, aprovechando el primer descuido de Don Eugenio, y

díjole, en fin, á éste con una voz de sirena que le hubiera envidiado Cleopatra:

—¡Ahora va Su Señoría á probar mis uvas!

Entonces fué de ver á la hermosa navarra (y así la pintaría yo, si tuviese el pincel de Ticiano), plantada enfrente del embelesado Corregidor, fresca, magnífica, incitante, con sus nobles formas, con su angosto vestido, con su elevada estatura, con sus desnudos brazos levantados sobre la cabeza, y con un transparente racimo en cada mano, diciéndole, entre una sonrisa irresistible y una mirada suplicante en que titilaba el miedo:

—Todavía no las ha probado el señor Obispo.... Son las primeras que se cogen este año....

Parecía una gigantesca Pomona, brindando frutos á un dios campestre;—á un Sátiro, v. gr.

En esto apareció al extremo de la plazaleta empedrada el venerable Obispo de la diócesis, acompañado del Abogado Académico y de dos Canónigos de avanzada edad, y seguido de su Secreta-

rio, de dos familiares y de dos pajes.

Detúvose un rato Su Ilustrísima á contemplar aquel cuadro tan cómico y tan bello, hasta que, por último, dijo, con el reposado acento propio de los Prelados de entonces:

—*El Quinto.... pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios*, nos enseña la doctrina cristiana; pero V., señor Corregidor, no se contenta con administrar el diezmo, sino que también trata de comerse las primicias.

—¡El señor Obispo!—exclamaron los Molineros, dejando al Corregidor y corriendo á besar el anillo al Prelado.

—¡Dios se lo pague á Su Ilustrísima, por venir á honrar esta pobre choza!—dijo el tío Lucas, besando el primero, y con acento de muy sincera veneración.

—¡Qué señor Obispo tengo tan hermoso! (exclamó la señá Frasquita, besando después.) ¡Dios lo bendiga y me lo conserve más años que le conservó el suyo á mi Lucas!

—¡No sé qué falta puedo hacerte, cuando tú me echas las bendiciones, en vez de

pedírmelas!—contestó riéndose el bondadoso Pastor.

Y, extendiendo dos dedos, bendijo á la señá Frasquita y después á los demás circunstantes.

—¡Aquí tiene Usía Ilustrísima las *pri-micias!* (dijo el Corregidor, tomando un racimo de manos de la Molinera y presentándoselo cortésmente al Obispo.)—Todavía no había yo probado las uvas....

El Corregidor pronunció estas palabras, dirigiendo de paso una rápida y cínica mirada á la espléndida hermosura de la Molinera.

—¡Pues no será porque estén verdes, como las de la fábula!—observó el Académico.

—Las de la fábula (expuso el Obispo) no estaban verdes, señor Licenciado; sino fuera del alcance de la zorra.

Ni el uno ni el otro habían querido acaso aludir al Corregidor; pero ambas frases fueron casualmente tan adecuadas á lo que acababa de suceder allí, que Don Eugenio de Zúñiga se puso lívido de cólera, y dijo, besando el anillo del Prelado:

—¡Eso es llamarme zorro, señor ilustrísimo!

—*¡Tu dixisti!* (replicó éste, con la afable severidad de un Santo, como diz que lo era en efecto.)—*Excusatio non petita, accusatio manifesta.*—*Qualis vir, talis oratio.*—Pero *satis jam dictum, nullus ultra sit sermo.* Ó, lo que es lo mismo, dejémonos de latines, y veamos estas famosas uvas.

Y picó.... una sola vez.... en el racimo que le presentaba el Corregidor.

—¡Están muy buenas! (exclamó, mirando aquella uva al trasluz y alargándosela en seguida á su Secretario.)—¡Lástima que á mí me sienten mall

El Secretario contempló también la uva; hizo un gesto de cortesana admiración, y la entregó á uno de los familiares.

El familiar repitió la acción del Obispo y el gesto del Secretario, propasándose hasta oler la uva, y luego.... la colocó en la cesta con escrupuloso cuidado, no sin decir en voz baja á la concurrencia:

—Su Ilustrísima ayuna....

El tío Lucas, que había seguido la uva

con la vista, la cogió entonces disimuladamente, y se la comió sin que nadie lo viera.

Después de esto, sentáronse todos: hablóse de la otoñada (que seguía siendo muy seca, no obstante haber pasado el cordonazo de San Francisco); discurrióse algo sobre la probabilidad de una nueva guerra entre Napoleón y el Austria; insistióse en la creencia de que las tropas imperiales no invadirían nunca el territorio español; quejóse el Abogado de lo revuelto y calamitoso de aquella época, envidiando los tranquilos tiempos de sus padres (como sus ~~padres~~ padres habrían envidiado los de sus abuelos); dió las cinco el loro...., y, á una seña del Reverendo Obispo, el menor de los pajes fué al coche episcopal (que se había quedado en la misma ramblilla que el Alguacil), y volvió con una magnífica torta sobada, de pan de aceite, polvoreada de sal, que apenas haría una hora había salido del horno: colocóse una mesilla en medio del concurso; descuartizóse la torta; se dió su parte correspondiente, sin embargo de

que se resistieron mucho, al tío Lucas y á la seña Frasquita...., y una igualdad verdaderamente democrática reinó durante media hora bajo aquellos pámpanos que filtraban los últimos resplandores del sol poniente....





XIII.

LE DIJO EL GRAJO AL CUERVO.

HORA y media después todos los ilustres compañeros de merienda estaban de vuelta en la Ciudad.

El señor Obispo y su *familia* habían llegado con bastante anticipación, gracias al coche, y hallábanse ya *en palacio*, donde los dejaremos rezando sus devociones.

El insigne Abogado (que era muy seco) y los dos Canónigos (á cual más grueso

y respetable) acompañaron al Corregidor hasta la puerta del Ayuntamiento (donde Su Señoría dijo tener que trabajar), y tomaron luego el camino de sus respectivas casas, guiándose por las estrellas como los navegantes, ó sorteando á tientas las esquinas como los ciegos;—pues ya había cerrado la noche; aún no había salido la luna, y el alumbrado público (lo mismo que las demás luces de este siglo) todavía estaba allí en la mente divina.

En cambio, no era raro ver discurrir por algunas calles tal ó cual linterna ó farolillo con que respetuoso servidor alumbraba á sus magníficos amos, quienes se dirigían á la habitual tertulia ó de visita á casa de sus parientes....

Cerca de casi todas las rejas bajas se veía (ó se olfateaba, por mejor decir) un silencioso bulto negro.—Eran galanes que, al sentir pasos, habían dejado por un momento de pelar la pava....

—¡Somos unos calaveras! (iban diciéndose el Abogado y los dos Canónigos.) ¿Qué pensarán en nuestras casas al vernos llegar á estas horas?

—Pues ¿qué dirán los que nos encuentren en la calle, de este modo, á las siete y pico de la noche, como unos bandoleros amparados de las tinieblas?

—Hay que mejorar de conducta....

—¡Ah! sí.... ¡Pero ese dichoso molino!....

—Mi mujer lo tiene sentado en la boca del estómago....—dijo el Académico, con un tono en que se traslucía mucho miedo á próxima pelotera conyugal.

—Pues ¿y mi sobrina? (exclamó uno de los Canónigos, que por cierto era penitenciario.)—Mi sobrina dice que los sacerdotes no deben visitar comadres....

—Y, sin embargo (interrumpió su compañero, que era Magistral), lo que allí pasa no puede ser más inocente....

—¡Toma! ¡Como que va el mismísimo señor Obispo!

—Y luego, señores, ¡á nuestra edad!.... (repuso el Penitenciario.)—Yo he cumplido ayer los setenta y cinco.

—¡Es claro! (replicó el Magistral.)—Pero hablemos de otra cosa: ¡qué guapa estaba esta tarde la señá Frasquita!

—¡Oh, lo que es eso....; como guapa, es guapal—dijo el Abogado, afectando imparcialidad.

—Muy guapa....—repitió el Penitenciario dentro del embozo.

—Y si no (añadió el Predicador de *Oficio*), que se lo pregunten al Corregidor...

—¡El pobre hombre está enamorado de ella!....

—¡Ya lo creo!—exclamó el Confesor de la Catedral.

—¡De seguro! (agregó el Académico... Correspondiente.)—Conque, señores, yo tomo por aquí para llegar antes á casa... ¡Muy buenas noches!

—Buenas noches....—le contestaron los Capitulares.

Y anduvieron algunos pasos en silencio.

—¡También le gusta á ese la Molineral—murmuró entonces el Magistral, dándole con el codo al Penitenciario.

—¡Como si lo viera! (respondió éste, parándose á la puerta de su casa.)—¡Y qué bruto es!—Conque hasta mañana, compañero.—Que le sienten á V. muy bien las uvas.

—Hasta mañana, si Dios quiere....—Que pase V. muy buena noche.

—¡Buenas noches nos dé Dios!—rezó el Penitenciario, ya desde el portal, que por más señas tenía farol y Virgen.

Y llamó á la aldaba.

Una vez solo en la calle, el otro Canónigo (que era más ancho que alto, y que parecía que rodaba al andar) siguió avanzando lentamente hacia su casa; pero, antes de llegar á ella, cometió contra una pared cierta falta que en el porvenir había de ser objeto de un bando de policía, y dijo al mismo tiempo, pensando sin duda en su cofrade de Coro:

—¡También te gusta á ti la señá Frasquital....—¡Y la verdad es (añadió al cabo de un momento) que, como guapa, es guapa!

